

Editar la revolución. Saludos bolcheviques y redefiniciones doctrinarias (1917-1924)

Natalia Bustelo*

Resumen

Inscrito en la perspectiva de la historia de la edición, el presente artículo es el resultado de una exhaustiva búsqueda biblio-hemerográfica orientada a reconstruir y analizar las iniciativas desde las que la cultura de izquierdas de la Argentina recibió los inicios de la Revolución Rusa. Para ello, se atiende a los grupos editores de izquierda que discutieron el saludo al bolchevismo y la redefinición de sus doctrinas. Luego, caracteriza los Documentos del Progreso (1919-1921) y el sello editorial homónimo -la iniciativa rioplatense que emprendió de modo más sistemático el saludo al bolchevismo-, así como el eco que encontró el bolchevismo entre el movimiento estudiantil de la Argentina impulsor de la Reforma Universitaria.

Palabras clave: historia de la edición, cultura de izquierdas, Argentina, Revolución Bolchevique

Editing the revolution. Bolchevikies salutes and doctrinaires definitions (1917-1924)

Abstract

Inscribed in the perspective of the history of the edition, this article is the result of an exhaustive biblio-hemerographic search aimed at reconstructing and analyzing the initiatives from which the left-wing culture of Argentina received the beginnings of the Russian Revolution. For this, it is analysing the left-wing publishing groups that discussed the salute to Bolshevism and the redefinition of its doctrines. Then it is characterizing the Documentos del Progreso (1919-1921) and the homonymous editorial -the initiative of the region that launched the salute to Bolshevism in a more systematic way-, as well as the echo that Bolshevism found among the student movement in Argentina that promoted the University Reform.

Keywords: history of publishing, culture of left, Argentina, Bolsheviki Revolution

Fecha de recepción: 14-07-2022
Fecha de aceptación: 04-04-2023

* Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierda, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Argentina. E-mail: nataliabustelo@yahoo.com.ar



En marzo de 1917, la masiva revista de Buenos Aires, *Caras y Caretas*, narraba los sucesos de la Revolución de Febrero y emitía un saludo a la Rusia que “ha nacido; una Rusia liberal, moderna, europea, en cuyo porvenir se ponen las más bellas esperanzas”. Meses después, sus páginas reemplazaban esas esperanzas por el repudio al caos que desde octubre del mismo año habrían instalado los bolcheviques.

La Revolución de Octubre que encabezaban Lenin, Trotsky y los bolcheviques impulsaban un gobierno proletario que no se contentaba con el “programa mínimo” de la socialdemocracia, sino que aspiraba a realizar el “programa máximo” y que pronto se definiría marxista. De ahí que fueran conocidos mundialmente como los “maximalistas”. Junto a la incorporación de nuevos términos en el vocabulario político -entre los que se destacaron “bolchevismo” y “soviet”- y la demanda de revisión de las doctrinas y prácticas de las izquierdas, el movimiento emancipatorio internacional era llamado a expandir esa revolución que había nacido en Oriente, en la lejana Rusia.

En 1918, Europa parecía el escenario de las nuevas revoluciones bolcheviques. Al año siguiente, ese escenario llegaba a la Argentina acompañado de una serie de agrupaciones y publicaciones que buscaban o bien orientar un proceso revolucionario local, o bien evitarlo. La distante capital argentina contaba desde fines del siglo XIX con un persistente movimiento obrero, recorrido por tensas disputas entre anarquistas, sindicalistas revolucionarios y socialistas y, a su vez, por las diversas tendencias que surgían al interior de esas corrientes. Las noticias de las revoluciones rusas se vincularon rápidamente a la creciente conflictividad social local, caracterizada como una suerte de “trienio rojo rioplatense”, iniciado con la huelga de policías de fines de 1918 y la Semana Trágica de enero de 1919 y cerrado a comienzos de 1922 con la represión a las huelgas de la Patagonia.

La Nación, entonces el diario más importante de América Latina, sería el encargado de sistematizar el rechazo y temor de las derechas ante el alejamiento del liberalismo de la Revolución de Octubre de 1917. En su número del 31 de enero de 1919, difundía la primera entrevista al único argentino que hasta entonces había conversado con Lenin, el cesante Ministro Plenipotenciario en Rusia, Gabriel Martínez Campos -quien había dejado su cargo en noviembre de 1918 y concedía esa entrevista a su llegada a Montevideo-. Además de detallar los acontecimientos rusos, Martínez Campos insistía en una interpretación que tendría amplia vigencia en las derechas argentinas: tanto la insurrección de febrero como la de octubre no serían la respuesta a la injusticia social, sino el resultado del misticismo del pueblo eslavo, y el miedo debía crecer porque Lenin, a diferencia de Kerensky, había logrado aprovecharse de ello.

Si entre las derechas tendió a primar el miedo al caos social y a la pérdida de la jerarquía moral, entre las izquierdas el rápido devenir del proceso revolucionario ruso despertó fuertes debates doctrinarios y terminó por construir nuevas corrientes. El siglo XX se adentraba en lo que Eric Hobsbawm llamó la “era de los extremos”, extremos tensados por la experiencia comunista, la fascista y las sangrientas guerras mundiales.

Reconociendo que los inicios de la Revolución Bolchevique conmocionó la cultura de izquierdas y despertó adhesiones insostenibles poco después, el presente artículo se propone el doble propósito de mapear las ediciones de izquierda argentinas entre 1917 y 1924 y de precisar las discusiones doctrinarias locales que se desplegaron en vinculación con esas ediciones. Los dos primeros apartados se dedican a caracterizar a los grupos editores socialistas, sindicalistas revolucionarios y anarquistas. Luego, se analiza la empresa editorial que más insistió en el saludo al bolchevismo, los *Documentos del Progreso*. Finalmente, se repasa el espacio editorial de la Reforma Universitaria para recuperar el eco que el bolchevismo encontró en el naciente movimiento estudiantil.

En los últimos años se viene registrando una renovación de los estudios sobre la recepción argentina del bolchevismo. Esos estudios ofrecen reconstrucciones de las diversas corrientes de las izquierdas y con ello muestran que debe relativizarse el rol inicial del grupo que luego se convertiría en el Partido Comunista sección argentina (Jeifets, 2011; Doeswijk, 2013; Pittaluga, 2015; Camarero, 2018). Sin embargo, aún no se ha puesto el foco en las tareas de edición que, sin duda, cumplieron un rol central en esas corrientes de izquierda. Por otro lado, si bien existen agudos análisis sobre el espacio editorial de la década del veinte, apenas se han ocupado de las "ediciones políticas" (Merbilháa, 2006; De Diego, 2015). Así, a los análisis de los grupos políticos nos proponemos aportar el estudio de las ediciones, mientras que a los análisis sobre la edición en Argentina buscamos sumar la reconstrucción de las ediciones de izquierda. Nuestra hipótesis es que una mirada detenida sobre ese momento de conmoción de las izquierdas argentinas y mundiales permite recuperar una rica cultura política marcada por diversas apuestas editoriales que quedaron olvidadas o solapadas tanto por el devenir de la Revolución como por la consagración del pequeño grupo argentino que se convertiría en el Partido Comunista.

¿Revolucionarismo socialista?

Al igual que en otras latitudes, en la Argentina las noticias de fines de 1917 introdujeron al interior del socialismo un prolongado debate sobre el reemplazo del gradualismo y el parlamentarismo por una vía revolucionaria similar a la seguida con éxito por los bolcheviques. Como veremos, el quincenario socialista *Documentos del Progreso* (1919-1921) se erigió en el principal difusor y defensor del avance bolchevique. En cambio, el órgano oficial del Partido Socialista (PS), *La Vanguardia*, y los Cuadernos quincenales Acción Socialista (1919-1920), sobre todo a través de la pluma del diputado Antonio de Tomaso, se encargaron de sistematizar el saludo que la militancia socialista debía formular a Kerensky y las distancias con Lenin.

Liberales, sindicalistas revolucionarios y socialistas coincidieron entonces en el saludo a la Revolución de Febrero, pero sus argumentos fueron muy distintos. Es que, a diferencia de los liberales, aquellos defendían un horizonte emancipatorio y a su interior comenzó a distinguirse una corriente que apoyaban la vía revolucionaria y se enfrentaba a quienes insistían en defender el gradualismo impulsado por la vía parlamentaria -según los socialistas- o por el sindicato -en el caso de los sindicalistas revolucionarios-. Entre estos últimos, el obrero letrista Augusto Pellegrini lideró la pequeña fracción que abogó por la renovación del sindicalismo a partir del bolchevismo, fracción que se organizó en la Agrupación Sindicalista -devenida federación- y editó entre 1920 y 1923 una veintena de números del periódico *La Batalla Sindicalista*. La apuesta no prosperó, pues -bajo el liderazgo de Sebastián Marotta- la mayoría de los gremios inscritos en el sindicalismo revolucionario terminó por mantenerse a distancia de una revolución que no era liderada por un sindicato, sino por un pequeño partido político que imponía una dictadura del proletariado (Aquino, 2015).

Al interior del socialismo argentino, la distancia de éste con el bolchevismo tuvo una presentación sistemática en los artículos de Antonio de Tomaso compilados en los libros *La Revolución Rusa* (1917) y *La Internacional y la revolución* (1919), ambos aparecidos en el sello La Vanguardia. La revolución de comienzos de 1917 no habría inaugurado una era liberal, sino una transición gradual al socialismo, interrumpida por los bolcheviques. Participando de la posición defendida por la socialdemocracia alemana, para los líderes socialistas de Argentina la única vía que garantizaba el éxito de una sociedad sin clases era la que venía desarrollando desde 1896 el PS, esto es, la educación del pueblo en el marxismo socialista y la progresiva promulgación de leyes obreras. Así, el salto abrupto que proponían los bolcheviques no sólo estaría condenado al fracaso, sino que además respondería a una doctrina enfrentada con el socialismo.

Ello no convenció a un número importante de centros socialistas, que optaron por identificar la Revolución de Octubre con una reformulación de la doctrina socialista y una oportunidad emancipatoria histórica. Estos centros reclamaron al Comité Central la realización de un Congreso Extraordinario que decidiera la adhesión a la Internacional Comunista o Tercera Internacional Socialista -Comintern, según su anacrónimo en ruso- y la conversión del partido en el Partido Comunista sección argentina. La Tercera Internacional había sido creada en marzo de 1919 en Moscú y sus 21 condiciones para la adhesión condensaron la ruptura con el socialismo gradualista. Su circulación por América Latina y el mundo produjo cismas o redefiniciones “terceristas” en muchos de los Partidos Socialistas adheridos a la Segunda Internacional. Pero también, como en el caso brasileño, esos 21 puntos impulsaron la identificación bolchevique de grupos anarquistas.

En marzo de 1917 *La Vanguardia* había anunciado que, ante las primeras noticias bolcheviques, algunos obreros rusos fundaron el Comité de Repatriación de los Voluntarios Rusos (Pittaluga, 2015). El Comité se disolvió al poco tiempo sin lograr repatriar a muchos

voluntarios, pero sus promotores continuaron estrechando lazos con los soviéticos. En 1919, cuando se iniciaban los debates sobre el “tercerismo”, actuaban en Buenos Aires una Federación Obrera Ruso-Sudamericana (FORSA) -fundada en 1917 con una orientación anarquista- y una Unión Rusa de Obreros Socialistas -de orientación socialdemócrata y devenida ese año en el Grupo Comunista Ruso-. En 1920, la Unión envió al obrero textil ruso Major Mashevich como representante en el II Congreso de la Internacional Comunista, que se realizaba en Moscú a mediados de año. La orientación anarquista de FORSA no impidió que también enviara como delegado a Mijail Komin-Alexandrovsky, un obrero mecánico ruso de orientación anarquista que se había exiliado en Buenos Aires luego de participar de la Revolución Rusa de 1905.

Ninguno de los dos pudo asistir al Congreso: en medio de los últimos estertores de la Gran Guerra, el cruce de las fronteras se demoró más de lo previsto. De todos modos, entregaron sus informes sobre el movimiento obrero argentino: el de Alexandrovsky fue publicado en las actas del Congreso bajo el seudónimo de Kolman (Camarero, 2015), mientras que Mashevich envió un artículo a *La Vanguardia* (Pittaluga, 2015). A comienzos de 1921, Alexandrovsky y Mashevich se encontraban nuevamente en Buenos Aires, pero poco después regresaron a Moscú. Desde allí, Mashevich intentó sin éxito que Rusia estableciera relaciones comerciales con la Argentina.

Entre los intelectuales argentinos que impulsaron el tercerismo, se destacaron el senador socialista Enrique del Valle Iberlucea -organizador junto con Alicia Moreau del Ateneo Popular y su órgano *Humanidad nueva* (1910-1919)- y el médico y filósofo José Ingenieros, figura clave en los inicios del socialismo argentino y desde mediados de 1918 un “maestro de la juventud” para los estudiantes argentinos y de otros países latinoamericanos que impulsaron el ala radicalizada de la Reforma Universitaria.

El PS definió su posición en el Congreso Extraordinario de enero de 1921. Luego de una votación muy pareja, quedó establecido que, a diferencia de los partidos socialistas de Uruguay y Francia, el argentino continuaría distanciado de la Internacional. Entonces sus grupos terceristas se sumaban al pequeño grupo que en enero de 1918 había formado el Partido Socialista Internacional (PSI) y que intentaba ser reconocido por la Tercera Internacional como su sección argentina. El grupo editaba el quincenario *La Internacional* desde agosto de 1917 y había creado un sello homónimo para difundir folletos doctrinarios. Parte del material y del financiamiento eran provistos por los enviados de la Internacional que se encontraban en Buenos Aires. Pero entonces el bolchevismo circulaba también por otras iniciativas editoriales. A los *Documentos del Progreso* -que editaban dos miembros del PSI- se sumaba el mencionado periódico de los sindicalistas revolucionarios, *La Batalla Sindicalista*, y un conjunto no menor de ediciones realizadas por los “anarcobolcheviques”. Así, a pesar de lo afirmado en las historias oficiales del Partido Comunista, hasta fines de 1922 el material ruso y el financiamiento para su edición eran repartidos entre un grupo anarquistas del Río de la Plata que, como mostró Doeswijk, había estrechado lazos con Moscú y que, en competencia

con los socialistas internacionalistas, pretendía la condición de representantes locales de los bolcheviques.

¿Gradualismo anarquista?

A diferencia de los socialistas, la mayoría de las fracciones anarquistas saludó las primeras noticias bolcheviques. Los anarquistas habían tenido un papel protagónico en la organización del movimiento obrero argentino. Si bien la represión, la complejización de las instituciones estatales y la organización del socialismo y del sindicalismo revolucionario diluyeron el protagonismo anarquista, la presencia de éste crecía durante el trienio rojo y su política editorial persistiría en las décadas siguientes (Anapios, 2016; Domínguez Rubio, 2018; Miguelañez Martínez, 2019).

En 1917, el movimiento obrero argentino estaba escindido en dos central sindical. La más numerosa era la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) del IX Congreso, que -en confrontación con el anarquismo- optaba por la autonomía de los gremios obreros respecto de las formas políticas. El comunismo anárquico continuaba orientando a la histórica FORA -entonces conocida como FORA del V Congreso y entre 1918 y 1921 bautizada "FORA Comunista"- . Su prensa más importante, *La Protesta*, difundió numerosas notas que declaraban el apoyo libertario a los obreros rusos que a través de los soviets construían una sociedad sin clases y sin Estado. Al igual que los sindicalistas revolucionarios, los anarquistas no desconocían la presencia de lo que consideraban un ilegítimo partido político y su cuestionada centralización. Pero para ambas corrientes no era sencillo impugnar los primeros pasos de una revolución que se declaraba obrera y emancipatoria. Más bien, el éxito bolchevique parecía obligar a una renovación de la doctrina y a la identificación de la revolución "socialista" rusa y su comunismo marxista como el primer paso hacia el anhelado comunismo anárquico.

La discusión sobre esa interpretación estalló a mediados de 1919, cuando se conoció la represión bolchevique a los anarquistas y fueron perdiendo poder los consejos obreros. Sobre el primer entusiasmo anarquista recuerda en 1923 Enrique Nido, un obrero rosarino que había comenzado a oponerse firmemente al bolchevismo:

El formidable acontecimiento revolucionario, por unos predicho y por otros negado, se posesiona del alma revolucionaria de los anarquistas que entreven entonces la posibilidad de realización de sus ideales por el ejemplo que nos viene de Rusia, y que sobrecoge de terror a la burguesía.

Momento único, solemne, de grandes y radiantes esperanzas, que confirma, en un todo, la concepción que los anarquistas sostuvieron siempre sobre la eficacia de las

revoluciones contra los métodos legalitarios del parlamentarismo socialista y electoral (Nido, 1923, p. 18).

A continuación, el informe de Nido se concentra en las “desviaciones autoritarias” del bolchevismo, un señalamiento que se registraba desde hacía algunos años en las izquierdas argentinas.

La interpretación que bregaba por una confluencia del bolchevismo con el anarquismo y la unificación de las centrales sindicales tuvo su órgano propio en abril de 1919, cuando apareció *Bandera Roja*. Este diario, tamaño *tabloide*, tuvo seis páginas de breves notas y estuvo a cargo de un grupo que se había iniciado en la edición anarquista con un diario de características similares, *La Rebelión*. En los años posteriores, los editores apostarían a la unificación de las centrales obreras en la Unión Sindical Argentina (USA).

Tres meses después de la aparición de *Bandera Roja*, era fundado el primer diario anarquista abiertamente antibolchevique, *Tribuna Proletaria*. Sobre éste recuerda en 1923 uno de sus editores, Teodoro Antillí, que desde mediados de 1919 “hemos librado el combate, solitario, con las ideas de los bolcheviques dictadores, que dominaban y sofocaban las ideas anarquistas, incluso en *La Protesta*”. En 1919, Antillí pronunció una conferencia -editada el mismo año como folleto bajo el título “Comunismo y anarquía”- en la que precisaba la oposición doctrinal entre bolchevismo y comunismo anárquico. Valiéndose de citas de Kropotkine y del primer documento de la Internacional Comunista, rebatía a los anarquistas argentinos que concedían que “debemos pasar por un Estado socialdemócrata transitorio, al cual debe dirigirse actualmente la revolución; y que ante él debía declararse pasivo el anarquismo, o más aún, convertirse en su apoyador activo” (Antillí, 2014, p. 21). Para Antillí y el grupo que poco después fundarían los periódicos *El Libertario* (1920) y *La Antorcha* (1921-1932), aquellos anarquistas -que continuarían siendo mayoría por un par de años- debían entender que, con la decisión de conservar el salario y dictar nuevas leyes, Rusia había restringido de modo permanente la libertad. Es más, se trataría de una revolución vencida, pues Lenin y Trotsky se la habrían arrebatado al pueblo para seguir la vieja “escuela social-demócrata” de Marx.

Desde 1920, este tipo de críticas no sólo se difundirían en periódicos de pocas páginas y notas breves, sino también en folletos y libros voluminosos editados por el sello Argonauta. Por iniciativa del futuro filósofo peronista Juan Luis Guerrero y del joven escritor Diego Abad de Santillán, un grupo de afinidad libertaria de Buenos Aires se vinculaba a Rudolf Rocker, Luigi Fabbri, Pierre Ramus y otros teóricos del comunismo anárquico para seleccionar, traducir y publicar las críticas más esmeradas al bolchevismo (De la Rosa, 2014; Ibarlucía, 2020). La circulación de estas críticas convertía a los que las defendían en “anarquistas puros” -o, según sus detractores, “cangrejos” que caminaban para atrás en lugar de avanzar en la renovación doctrinaria- y a los que apoyaban a los bolcheviques en “anarco-bolcheviques” -o, según sus detractores, “anarco-dictadores” o “camaleones” camuflados de anarquistas-.

Estos últimos contaron hasta comienzos de 1922 con referentes en el Consejo de la FORA del V Congreso. Además, fundaron una breve Federación de Estudiantes Revolucionarios, que reunió a grupos de Rosario, Buenos Aires, La Plata y Córdoba. Luego de que en mayo de 1919 su órgano *Bandera Roja* fuera clausurado y sus responsables Atilio Biondi, Hermenegildo Rosales y Enrique García Thómas fueran encarcelados, fundaron en Rosario un diario similar, *El Comunista*. Asimismo, encontraron un aliado en *La Montaña*, un diario porteño financiado por el radical José Lencinas pero editado por anarquistas. Pero la propaganda anarcobolchevique más sistemática y duradera la ofrecieron los 36 números del mensuario porteño *Vía Libre* (1919-1922). Este tuvo formato libro y contó con unas veinte páginas en las que convivieron notas breves, algunas poesías y ensayos en secciones que no lograron consolidarse junto con retratos y publicidades de otros proyectos editoriales. La última apuesta importante fue la aparición de *El Trabajo*, un diario porteño de pocas páginas editado con algunas interrupciones entre septiembre de 1921 y abril de 1922. *El Trabajo* contó con el financiamiento ruso y desató una fuerte polémica entre los anarquistas, conocida como el "affaire internacional" y dirimida con la expulsión de sus editores de la FORA del V Congreso y de *La Protesta*.

Ese affaire y los informes rusos sugieren que los "trabajistas" tenían el apoyo de dos de los tres representantes de la Tercera Internacional que entonces se encontraban en Buenos Aires, a quienes les habían prometido la unificación de las centrales sindicales y su incorporación en la Internacional Sindical Roja o Profintern. Ésta se fundó en julio de 1921 como la rama gremial de la Rusia soviética; dado que prometía ejercer una coordinación desde pautas menos centralistas que la Tercera Comunista, tanto los anarcobolcheviques como los sindicalistas de *La Batalla Sindicalista* buscaron inscribir allí al movimiento obrero argentino. Y la disputa por su representación los llevó incluso a enviar representantes a Moscú: el enviado de los anarcobolcheviques al Congreso de la Profintern fue el sindicalista inglés Tom Barker, mientras que por los sindicalistas arribó al año siguiente Augusto Pellegrini.

En cuanto a los representantes bolcheviques en el Río de la Plata, en diciembre de 1920 el joven alemán Felix Weil había llegado a Buenos Aires -bajo el seudónimo de Beatus Lucius- para encargarse de los negocios de su padre y vincularse a los líderes de la Argentina (Rapoport, 2015). Weil informó que el representante local de la Comintern debía ser el PSI. Los otros dos informantes de los bolcheviques eran el mencionado Alexandrovsky y el inglés Maximilian Cohen, quien recorrió la región bajo los heterónimos de Henry Allen, Raminson, Abramson y Watson Davis y consiguió que los anarcobolcheviques de Río de Janeiro fundaran el Partido Comunista Brasileño. Ambos les habrían facilitado financiamiento bolchevique a los trabajistas y, en desacuerdo con Weil, consideraban que ese era el grupo que debía ser reconocido como el representante de los bolcheviques.

En el marco del affaire, los trabajistas eran expulsados de la FORA del V Congreso y de *La Protesta*. Ello les impidió contar con una inserción en una organización masiva y tornó

más sencilla la decisión de la Comintern. Ante unos revolucionarios anarquistas, como los trabajistas, que prometían la unificación sindical pero acababan de ser expulsados de una de ellas y sólo se interesaban por la Profintern, o bien una federación de sindicatos revolucionarios que también perdían posiciones en el movimiento obrero, los rusos se decidían por un pequeño grupo como el PC que, a diferencia de aquellos, sí se definía comunista e insistía en la adhesión plena a las 21 condiciones. Así, a comienzos de 1922, el PC lograba el buscado reconocimiento oficial como sección argentina del Partido Comunista (Campione, 2007; Corbière, 1984).

Los trabajistas continuaron impulsando la unificación del movimiento obrero desde el anarcobolchevismo. Para la unificación, fundaron -junto con socialistas, sindicalistas revolucionarios y comunistas- la Unión Sindical Argentina y su órgano *Bandera Proletaria* (1922-1930), mientras que -para insistir en la convergencia doctrinaria entre anarquismo y bolchevismo- uno de los trabajistas, Julio R. Barcos, construyó el catálogo de un nuevo sello de ediciones económicas y masivas, Las Grandes Obras.

La persistente tribuna rioplatense del bolchevismo

En medio de las disputas al interior del sindicalismo revolucionario, del socialismo y del anarquismo, a mediados de 1919 comenzó a editarse en Buenos Aires la que sería la más sistemática y prolongada tribuna bolchevique, el quincenario *Documentos del Progreso*. Durante casi dos años, éste reunió -previa selección y traducción- artículos, manifiestos y notas breves extraídos de revistas y libros de los más variados países y organizados en algunos casos en secciones que lograron cierta estabilidad sobre lo que, para una amplia fracción de las izquierdas, era el prometedor avance del movimiento emancipatorio internacional. Colocando a la Revolución Bolchevique como un gran progreso en ese movimiento, el quincenario dispuso una periódica y prolongada circulación del bolchevismo. A las más de cuarenta entregas de los *Documentos del Progreso* se sumó, a fines de 1919, un sello editorial que editó una veintena de folletos y libros provenientes, en su mayoría, de los revolucionarios rusos.

La ambición y el tesón de este proyecto es otra de las confirmaciones de que la cultura de izquierdas en Argentina y el mundo se articuló en estrecha vinculación con la "edición para la revolución". Uno de los modos de recuperar el espacio destacado de los *Documentos del Progreso* entre las colecciones, tiradas por millares, sobre la gran Revolución, lo ofrecen los elogios que les dedicaron -junto a la reedición de algunas notas- tanto revistas que se asumieron socialistas como las que se identificaron con el anarcobolchevismo. Las 45 entregas del quincenario se extendieron entre el 1 de agosto de 1919 y el último el 15 de junio de 1921. La amplia tirada y distribución logró que los ejemplares de la revista, los folletos y los

libros llegaron incluso a Río de Janeiro y fueron clave en la organización y formación de los comunistas marxistas de allí (Castilho de Lacerda, 2019).

Si bien los *Documentos del Progreso* no respondieron explícitamente a ningún grupo partidario argentino, fue clara su inscripción en un socialismo enfrentado al PS. Su título y formato estuvo inspirado en tres revistas europeas: la parisina *Les Documents du Progrès. Revue internationale* (1907-1916), la berlinesa *Dokumente des Fortschritts. Internationale Revue* (1907-1918) y la londinense *The International. A review of the world's progress* (1907-1909). Éstas fueron ideadas por el austríaco Rodolphe Broda en vinculación con el centro que creó en 1909, el Institut International pour la Diffusion des Expériences Sociales, y su anexo la Ligue internationale pour l'organisation du progrès (1912) (Verbruggen y Carlier, 2016). Lo más probable es que la experiencia argentina no haya integrado formalmente esa red, pero sin duda tomó el modelo editorial.

Más precisamente, las páginas de los *Documentos del Progreso* muestran que, dentro del amplio espectro de las izquierdas que acabamos de reconstruir, los editores impugnaron un proyecto como el de Broda o el PS, de reunir los nuevos saberes científicos con el gradualismo de la socialdemocracia, para optar por la difusión auspiciosa de escritos que presentaban a la revolución encabezada por Lenin y Trotsky como una renovación del socialismo en el plano doctrinario y en el estratégico, renovación que tenía su faro en el salto revolucionario impulsado por la Tercera Internacional.

A mediados de 1919, la edición de los *Documentos del Progreso* parece haber sido facilitada por los debates terceristas al interior del PS y la consolidación del PSI. Pero el quincenario no acotó su intervención a uno de esos partidos o a un grupo político. Como mencionamos, el PSI mantuvo un periódico y un sello -primero, Editorial Marxista, luego Partido Socialista Internacional y La Internacional, sucesivamente- (López, 2018). A fines de 1920, organizó un congreso extraordinario, en el que aceptó las 21 condiciones y se convirtió en Partido Comunista, pero debió esperar casi dos años hasta que la Comintern lo reconociera como tal. A la espera de ese reconocimiento, editó las *Páginas socialistas. Revista de los acontecimientos del socialismo internacional*.

Sólo dos números de los *Documentos del Progreso* -el inaugural y el que correspondió al primer año de edición- llevaron pronunciamientos editoriales y en ambos casos se trató de declaraciones muy breves. En el primer número, unos anónimos directores ofrecían otra de las confirmaciones del sentimiento de aceleración de los tiempos que recorría a parte de las izquierdas argentinas y mundiales. La nueva publicación emprendía la difusión de los documentos de la "era de progreso vertiginoso" iniciada en Europa. Los documentos eran "decretos de los gobiernos proletarios, proclamas, manifiestos, escritos de periodistas y de observadores imparciales que siguen los acontecimientos en el mismo teatro donde se desarrollan los sucesos, publicaciones de eminentes escritores, artistas y hombres de ciencia que llevan al proletariado el aporte inapreciable de su capacidad y de su prestigio".

A diferencia de otras publicaciones izquierdistas argentinas, los editores de los *Documentos del Progreso* adoptaron un prolijo criterio editorial. Si bien no consignaron el nombre de los traductores o los nombraron bajo seudónimo -como J. K., Jim o Yim-, en la mayoría de los casos acompañaron la reproducción de los documentos con los datos de la revista o periódico del que había sido extraído. Entre esas publicaciones se encontraron las revistas estadounidenses *Soviet Russia* -que publicaba el Russian Soviet Government Bureau de New York- y *The New Republic*, los diarios socialistas italianos *Avanti!*, de Milán, y *L'Ordine Nuovo*, de Turín -que editaba Antonio Gramsci-, la revista -también italiana- *Comunismo*, el diario parisino *L'Humanité*, y el semanario madrileño *España*, entonces dirigida por el socialista Luis Araquistain. Ello descubre el amplio acceso a la prensa internacional que entonces tenía la izquierda rioplatense, al tiempo que evidencia una dedicada labor de selección editorial y un amplio plantel de traductores.

No sólo esos traductores permanecieron en el anonimato. El quincenario y la editorial estuvieron a nombre de José Nó y, en lugar de consignar una dirección de administración, se anunció una casilla de correo. A partir de las investigaciones de Horacio Tarcus, sabemos que la edición estuvo a cargo de los socialistas Aldo Pechini y Simón Scheimberg. Nacido en San Juan, Pechini se había iniciado en el anarquismo publicando en 1917 en Buenos Aires *La Rivolta*. Expulsado en 1923 del Partido Comunista, regresaría a su San Juan natal y se convertiría en un miembro activo de la fracción de la Unión Cívica Radical que lideraba Lencinas y luego del Partido Bloquista, fundado en San Juan por Aldo y Federico Cantoni. En 1926, Pechini fue Secretario Provincial de Trabajo y, al año siguiente, uno de los constituyentes que sancionó la Constitución de San Juan -que, entre otras medidas de avanzada, otorgó el voto femenino veinte años antes de que se sancionara a nivel nacional-. Años después, Pechini volvió a traducir textos del italiano, en este caso para la revista *Hechos e Ideas*. En cuanto a Scheimberg, sabemos que en 1920 fue candidato a concejal por el PS. Dejó el Partido después del IV Congreso e ingresó al PC hasta fines de 1922. Ese año coordinó la campaña comunista contra el hambre en Rusia, pero fue expulsado junto con Palcos y otros editores de la revista *Nuevo Orden* por sus posiciones a favor de un frente único con los socialistas. En 1926 fue el abogado defensor de Modesto Fernández, un miembro de la fracción chispista -entonces expulsada del partido- al que se lo acusó de haber asesinado al comunista Enrique Müller (Gilbert, 2003).

Las diversas entregas del quincenario dieron a conocer y justificaron el programa de emancipación de la mujer obrera en Rusia; precisaron la prometedora instalación del soviét húngaro, denunciaron luego la represión que lo derrocó y ofrecieron tempranos balances; difundieron las distintas declaraciones de la Internacional del Pensamiento que impulsaba desde París Henri Barbusse y la discusión sobre el lugar de los intelectuales que esa Internacional despertaba; explicaron la importancia de la reforma educacional iniciada en Rusia y de la economía soviética que sucedió a la guerra; y, entre otras cosas, destacaron las iniciativas de los bolcheviques rusos y de los líderes y movimientos que parecían articularse con ellos.

En el quincenario *Documentos del Progreso* predominaron los escritos de Lenin, Trotsky y otros líderes rusos, como Bujarin, Kollontai y Krupskaya. Pero también se editaron por primera vez en el espacio rioplatense escritos de Rosa Luxemburgo. Y aparecieron muchos textos de intelectuales y políticos franceses, ingleses y estadounidenses simpatizantes de los bolcheviques. Entre las proclamas, los manifiestos, las leyes y los documentos colectivos seleccionados y traducidos se encontraron los del Partido Bolchevique, del Partido Menchevique, del Partido Socialista Revolucionario, la Internacional Comunista, la Internacional Juvenil Comunista y la Internacional Sindical Roja.

Folletos y libros bolcheviques

Varios intelectuales de Buenos Aires se valieron de su entusiasmo bolchevique para fundar sellos editoriales que, a distancia de los grupos políticos, se dedicaron a la difusión de las nuevas ideas e iniciativas. Aparentemente, el primero de ellos fue ¡Adelante!, sello que entre 1918 y su cierre a mediados de 1921 editó nueve folletos: cuatro de Ingenieros y cinco de otros reconocidos intelectuales argentinos que defendían el bolchevismo. La mayoría de esos ensayos habían sido publicados previamente en la revista cultural argentina más importante de entonces, *Nosotros* (1912-1943), y en la que dirigía Ingenieros, la *Revista de Filosofía* (1915-1930), ambas, a su vez, publicadas en los folletos de ¡Adelante! La retirada de tapa de algunos de esos folletos permite reconstruir el siguiente catálogo: *Las doctrinas sociológicas de Alberdi*, de Ingenieros, *Los problemas sociales y la Iglesia Católica*, de Telémaco Susini, *La democracia funcional en Rusia*, de Ingenieros, *La futura sociedad de los pueblos*, de Arturo Orzábal Quintana, *La Reforma educacional en Rusia*, de Ingenieros, *Democracia Burguesa y democracia proletaria*, de Augusto Bunge, *Enseñanzas económicas de la Revolución Rusa*, de Ingenieros, *La doctrina socialista y los consejos de obreros*, de del Valle Iberlucea -versión taquigráfica de la conferencia que pronunció en el Teatro Nuevo el 30 de mayo de 1920- y *La Revolución Rusa*, de Alfredo Palacios.

En 1919, un intelectual socialista que apostaba por el tercerismo, Augusto Bunge, promovió la aparición del sello Pax, bajo la dirección de su cuñado, el escritor nacionalista Manuel Gálvez. Ese año, Pax editó dos voluminosas novelas pacifistas traducidas por Bunge: *El hombre es bueno. De la guerra a la revolución, por el dolor al amor*, del alemán Leonhard Frank, y *Hombres en la guerra*, del austro-húngaro Andreas Latzko. En diciembre de 1919 apareció el único título nacional de Pax, *Nacha Regules*, una novela de Gálvez cuya denuncia de la "trata de blancas" y otras injusticias que sufrían las mujeres en el arrabal porteño motivó una enérgica polémica con los católicos. En 1920, Pax publicó dos folletos de quien era el pacifista filobolchevique más reconocido, Roman Rolland: *Clérambault, una historia de una conciencia libre durante la guerra* y *El gran europeo Nicolai*.

El mismo año en que se fundaba Pax, los editores del quincenario *Documentos del Progreso* inauguraban un sello homónimo para difundir los “grandes pensadores, sociólogos y estadistas sobre el movimiento social contemporáneo”. La primera entrega consistió en un folleto compuesto de los artículos “La victoria del soviét”, de Lenin, y “Cómo funciona el soviét”, de John Reed. La colección siguió con: *Una obra gigantesca cumplida por gigantes (Carta dirigida a Jean Longuet)* y *Dos cartas a Romain Rolland*, ambos de Jacques Sadoul, *La lucha por el pan*, de Lenin, seguido de “Trabajo, orden y disciplina salvarán la República Socialista”, de Trotski. Otros folletos de Lenin fueron: *Los socialistas y el Estado*, *Las enseñanzas de la Comuna de París*, *Los reformistas y el Estado* -publicado junto a la *Crítica de Engels-*, *La sociedad comunista* y *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. Además, se editaron *Lenin. Su vida y su actividad*, de Zinovieff, *Propósitos, objetivos y aventuras*, de Spartacus -que compartió la traducción y la caja de impresión con el *Programa del grupo Spartacus*, aparecido en Ediciones Marxistas-, *El desarrollo del socialismo: de la ciencia a la acción*, de Carlos Radeck, *Las nuevas cartas*, de Sadoul y *La revolución mundial y la Internacional Comunista*, de Zinovieff.

A fines de 1920, el sello Documentos del Progreso anunció que, además de folletos, editaría libros, lo que involucraba una gran inversión y el riesgo de no recuperar el dinero. Los tres primeros libros fueron *El advenimiento del bolshevikismo (Desde la Revolución de Octubre al Tratado de Paz de Brest-Litowsk)*, de Trotski, *La obra de reconstrucción de los soviets*, de Lenin y *El “radicalismo”, enfermedad de infancia del Comunismo*, también de Lenin, acompañado de “Lo nacional en Lenin”, de Trotski y “La Constituyente y la dictadura del proletariado”, de Lenin. El costo de los dos primeros fue de 1 peso, el tercero, de 50 centavos, mientras que los folletos se vendieron a 20 centavos, un precio similar a las ediciones del espacio anarquista. La distribución se realizó mediante tres medios: una casilla postal, seis librerías porteñas y cuatro puestos de diarios (tres porteños y uno montevideano).

Tanto el quincenario como el sello editorial equiparaban el “movimiento social contemporáneo” a las luchas proletarias y bolcheviques que se producían en países sumamente diversos como Japón, Alemania, Estados Unidos, Italia, Hungría, China y Finlandia. Allí no se consignaba ninguna participación específica de la Argentina ni de otros países de América Latina.

Lo más probable es que, al igual que los originales publicados por la Editorial Marxista y La Internacional, los del sello Documentos del Progreso hayan llegado a Buenos Aires a través de enviados de la Comintern y que las ediciones se hayan financiado, en parte, por ellos. Uno de los informes del PC a la Comintern insinúa esos vínculos: señala que el partido no pudo cumplir con el encargo de publicar *El “radicalismo”, enfermedad de infancia del Comunismo*, de Lenin, porque el traductor, Mijail Yaroshevsky, exigió el cobro por adelantado. El catálogo de los Documentos del Progreso confirma que Yaroshevsky ya había traducido *La sociedad comunista* y que los problemas con la edición de *El “radicalismo”...* se superaron. En efecto, este libro se editó por los Documentos del Progreso, pero también tuvo una edición

de La Internacional. En ambos casos, contó con un artículo de Lenin y otro de Trotsky, y se consignó a Juan Brann como traductor del alemán. Se ofreció a 50 centavos, y la edición de La Internacional aclaró la procedencia del financiamiento: "editado por el Bureau de la Internacional Comunista para la Europa Occidental". En la portada figuró 1920 como fecha de publicación, pero probablemente su publicación haya sido al año siguiente ya que, además de los problemas para la traducción informados en 1920, el texto de Trotsky tuvo su edición original en ruso en junio de 1920.

Antes de que las ediciones de Documentos del Progreso se interrumpieran sin aviso en junio del año siguiente -en una clausura que coincide con la reorganización del PC-, el saludo al bolchevismo también fue realizado por una docena de revistas estudiantiles. En ellas se advierte la importancia de las noticias difundidas por los *Documentos del Progreso* y el intento de radicalizar el movimiento de la Reforma Universitaria al calor del trienio rojo.

Revistas estudiantiles bolcheviques

A mediados de 1918 estalla en Córdoba la revuelta que daría inicio a la Reforma Universitaria. El reclamo cordobés por una universidad más democrática aceleraba la articulación de un movimiento estudiantil -en un principio de alcance nacional y poco después latinoamericano- que terminaría por inscribirse en la cultura de izquierdas. En las reuniones de la reciente Federación Universitaria Argentina y de las federaciones regionales de Buenos Aires, Córdoba, La Plata, Santa Fe y Tucumán, los reformistas no sólo discutieron la libre asistencia, la autonomía universitaria, el cogobierno y las cátedras libres, sino también la "misión social" de la juventud universitaria y, con ello, el carácter exclusivamente gremial de las federaciones o su pronunciamiento político, específicamente, las simpatías con la Revolución Bolchevique y el ciclo argentino de protestas obreras.

Al igual que el movimiento obrero y las fracciones de las izquierdas, el naciente movimiento estudiantil encontró un canal privilegiado de discusión y definición en la fundación de revistas y periódicos. Desde principios del siglo XX, los estudiantes venían editando boletines y periódicos. Pero fue en la década del diez -y sobre todo luego del estallido de la Reforma- que transformaron esas publicaciones difusoras de noticias estudiantiles y apuntes de cátedra en periódicos de pocas páginas con los que se pronunciaron sobre cuestiones políticas. A mediados de 1919, en medio del trienio rojo y las discusiones al interior de la izquierda sobre la ola revolucionaria, se comenzaba a tramitar un periodismo estudiantil que apostaba a definir la Reforma Universitaria en continuidad con la Revolución Social y se enfrentaba al nacionalismo jerarquizante que continuaría primando entre el estudiantado.

La trama de revistas reformistas y bolcheviques parece haberse iniciado con la porteña *Bases. Tribuna de la juventud*, que -bajo la dirección del joven socialista Juan Antonio Solari-

llegó a editar ocho números, el último fechado en junio de 1920. Uno de sus aliados porteños fue *Clarín. Órgano del Ateneo de Estudiantes Universitarios* (1919-1920), quincenario de unas doce páginas con el que los ateneístas abandonaron el periodismo cultural de la voluminosa revista bimensual *Ideas* (1915-1919) para editar 19 números, aparecidos entre septiembre de 1919 y marzo de 1920, que se inspiraban en el mencionado semanario madrileño *España* y saludaban a los *Documentos del Progreso*. Cerradas *Clarín* y *Bases*, algunos de esos jóvenes revisteros se encontraron en los doce de *Insurrexit. Revista Universitaria* (1920-1922) y otros en los dos de *Hoy* (1920). En La Plata, la fracción reformista radicalizada editó unas pocas entregas de dos periódicos inscritos en el anarquismo, *Germinal* (1920) y *Alborada. Órgano del Ateneo Estudiantil* (1920-1922), mientras que, en Córdoba, líderes clave como Deodoro Roca, Saúl Taborda, Emilio Biagosch y Carlos Astrada editaron -siguiendo el entusiasmo anarcobolchevique- cuatro números de *Mente. Revista de crítica social* (1920). También en Rosario hubo un activo grupo juvenil anarcobolchevique. Éste publicó algunas entregas de *Verbo Libre. Órgano del Centro Cultural Evolución* (1920), sucedida por *La Antorcha. Órgano del Centro de Estudiantes del nuevo Colegio Nacional* (1921-1923) y *Germinal. Órgano de la Asociación estudiantil de la Escuela Nacional de Comercio* (1922-1924). Asimismo, desde Montevideo se sumaron a esta trama la socialista *Ariel. Revista del Centro de Estudiantes "Ariel"* (1919-1930), dirigida hasta 1923 por quien sería una figura central de la izquierda nacional, Carlos Quijano. En Santiago de Chile, el saludo juvenil a la Revolución Bolchevique llegó desde los órganos de la Federación de Estudiantes de Chile, primero *Juventud* (1911-1919) y luego *Claridad* (1920-1923).

Insistamos en que una lectura cruzada de esas revistas permite advertir la importancia que los grupos editores estudiantiles le asignaban a las noticias que ponían a circular los *Documentos del Progreso*, así como los vínculos tramados a través del canje de ejemplares, publicidades, reseñas elogiosas, notas reeditadas e incluso mediante la fundación de una breve Federación de Estudiantes Revolucionarios (Tarcus, 2018; Bustelo y Domínguez Rubio, 2017). Más precisamente, los jóvenes que en Rosario animaban el Centro Evolución y editaban *Verbo Libre* les propusieron a los grupos estudiantiles reunirse en una federación que -recogiendo una identidad anarquista renovada por el bolchevismo- ya desde su nombre se definiera revolucionaria. En octubre de 1920, la revista socialista *Ariel* de Montevideo y la anarquista *Germinal* de La Plata -y seguramente otras revistas probolcheviques- saludaron y difundieron el "Manifiesto revolucionario" del Centro Evolución y las bases de una Federación de Estudiantes Revolucionarios. Ésta se fundó poco después entre el Centro Evolución, la Federación Universitaria de Córdoba, el grupo *Insurrexit* de Buenos Aires y el Centro de Estudiantes Revolucionarios de Santa Fe.

En el "Manifiesto revolucionario", los estudiantes Juan Lazarte, Luis Di Filippo, José Miguel Lurá, Antonio Navarro, Francisco Bendicente, Eugenio Parajón Ortiz y Ruíz Gómez se dirigían "a los estudiosos y a los hombres nuevos" para sumarlos a la lucha emancipatoria. La mayoría

de esos nombres habían aparecido como colaboradores en *Mente*, e incluso Di Filippo había anticipado allí la importancia de una federación revolucionaria. En el segundo número de *Mente* publicaba “A definirse”, nota en la que denunciaba a la Reforma como un “movimiento liberal-burgués” que, a excepción de la inminente Federación de Estudiantes Rosarinos, no se interesaba por el problema obrero y declaraba que la juventud universitaria debía realizar un encuentro para definirse “con la Revolución o contra ella. Sin términos medios. Se tiene fiebre de aspiraciones máximas. El pueblo quiere saber quiénes somos”. Fundada la Federación, recuerda otro de sus animadores que:

(...) no pudo avanzar ni consolidarse. La reacción y la segregación de sus componentes la liquida, no llegando a reunirse el congreso que se había preparado en Buenos Aires. Los componentes de este sector estudiantil tienen acción en la Semana de Enero, hasta la gran Huelga Revolucionaria campesina y proletaria de la provincia de Santa Fe que llevara a la acción más de 100 gremios, tiene relación también con los conatos revolucionarios de un sector de la Alianza Libertaria (Lazarte, 1935, p. 34).

Hacia 1921, la Revolución de Octubre había dejado de ser una novedad. A medida que se alejaba la posibilidad de su expansión por Europa y América Latina, se consolidaban las ediciones comunistas ligadas a la Comintern y se frenaban los proyectos que saludaban al bolchevismo desde el anarquismo, el sindicalismo revolucionario y la Reforma Universitaria. En efecto, *Verbo Libre* no pudo perpetuarse más allá de 1921. Como mencionamos, encontró dos sucesoras rosarinas: *La Antorcha*, dirigida por Luis Di Filippo, y *Germinal*, a cargo de Armando Di Filippo. Los números conservados muestran que, entre 1921 y 1922, ambos grupos buscaron vincular a los estudiantes con los obreros anarquistas, propiciaron la fundación de la Federación de Estudiantes Secundarios, participaron de las experiencias educacionales de las escuelas racionalistas y apoyaron la llegada a la Universidad Nacional de Córdoba de los profesores judeo-alemanes Alfons Goldschmidt y Georg Nicolai, profesores con los que la minoría revolucionaria cordobesa buscaba aunar la condición de científicos destacados y maestros izquierdistas de la Reforma. En cuanto a los estudiantes universitarios, en marzo de 1921 finalmente se fundaba la Federación Universitaria de Rosario, que pondría a circular desde septiembre el periódico *Tribuna Universitaria* y tendría una revolucionaria participación en las huelgas rosarinas de ese año.

A modo de conclusión

A fines de 1922, ninguna de las revistas y colecciones de folletos de la trama que hemos ido reconstruyendo continuaba editándose. La minoría estudiantil radicalizada comenzaba a

desplazar a un segundo plano su defensa de la Revolución Bolchevique para reunirse a partir de un latinoamericanismo antiimperialista que sería característico de la Reforma y de su expansión continental, y que tardaría en ser importante para la emergente cultura comunista -que se organizaba desde Rusia y ya se enfrentaba al comunismo anárquico-.

En 1922 también se dejaban de editar los *Documentos del Progreso*, en un cierre que coincide con el fin del trienio rojo y el reconocimiento ruso de los auténticos bolcheviques locales. A mediados de 1921, regresaba Rodolfo Ghioldi a Buenos Aires, luego de asistir como representante del pretendido PC argentino al Congreso Fundacional de la Profintern. Llegaba con el encargo de fundar el Buró de Propaganda Comunista en América del Sur, bajo la dirección de Weil y Alexandrovsky -quienes dejarían el país al año siguiente-. Poco después, la Comintern anunciaba que el grupo argentino que desde fines de 1921 se venía llamando Partido Comunista se había convertido en su "única" sección argentina. Con ello se distanciaba de los anarquistas y sindicalistas revolucionarios que buscaban el reconocimiento de la Profintern, pero no impedía que ambas corrientes participaran durante 1922 de las campañas contra el hambre en Rusia ni que siguieran defendiendo la apuesta emancipatoria de la Revolución Bolchevique.

Desde la impugnación al revolucionarismo formulada por los Cuadernos de Acción Socialista en 1918 hasta los voluminosos libros editados en 1922 por *Documentos del Progreso*, pasando por los diversos sellos del PSI y algunas ediciones preparadas por los anarcobolcheviques, casi un centenar de revistas, libros y folletos de izquierda difundieron su definición de la Revolución Bolchevique. Papeles que participaron de un proceso de profesionalización de la edición y que tuvieron como editores, asesores u autores a intelectuales consagrados, como José Ingenieros, Augusto Bunge y Enrique del Valle Iberlucea, con figuras más jóvenes que estaban en busca de esa consagración, como los escritores Manuel Gálvez y Arturo Capdevilla, el pedagogo Julio R. Barcos y el filósofo Luis Juan Guerrero. Esos pronunciamientos en contra o a favor del bolchevismo -de su aparente expansión mundial, de sus iniciativas para la emancipación femenina, de su reforma educacional y, en general, de todo un nuevo orden social- se imprimieron en talleres porteños y llegaron a las manos de hombres y mujeres, de muy diversa formación, que participaban de una rica cultura de izquierdas sudamericana.

En 1924, las dos fracciones políticas nacidas de la "ola maximalista", la comunista -entonces identificada con el marxismo- y la anarcobolchevique, adquirirían una fisonomía clara. Las polémicas entre los grupos locales y sus instancias organizativas habían estabilizado sus identidades y ello era posible porque Rusia había abandonado su momento revolucionario para afirmar el partido único como modelo universal, emprender el camino del "socialismo en un solo país" y centralizar la organización del movimiento comunista internacional.

Luego de ser sofocadas las insurrecciones europeas, tanto el miedo como el entusiasmo revolucionarios decrecían y se cristalizaban nuevas identidades políticas que requerían

nuevas apuestas editoriales. De ahí que, durante el siglo XX, las ediciones de las izquierdas hayan seguido ocupándose de la polémica sobre la interpretación de una revolución que se asumía marxista.

Referencias bibliográficas

Libros de época y fondos documentales

- Antillí, T. (2014). *¡Seamos rebeldes! Folletos y otros escritos*. Buenos Aires: ¡Libertad!
- Cancela, A. (1919). *Una semana de holgorio*. Buenos Aires: La novela semanal. Fondo Personal José Ingenieros. Buenos Aires: CeDInCI.
- Fondo Personal Luis Juan Guerrero. Buenos Aires: CeDInCI.
- Fondo Personal Max Nettlau. Amsterdam: Instituto Internacional de Historia Social.
- Lazarte, J. (1935). *Líneas y trayectorias de la Reforma Universitaria*. Buenos Aires: Argos.
- Nido, E. (1923). *Informe general del movimiento anarquista de la Argentina*. Buenos Aires: La Protesta.
- Pittaluga, R. y Tarcus, H. (2000). *Catálogo de publicaciones políticas de las izquierdas argentinas (1890-2000)*. Buenos Aires: CeDInCI Editores.
- Repositorio hemerográfico <https://americalee.cedinci.org>
- Tarcus, H. (2011). *Biografía de Ingenieros. José Ingenieros. Guía y catálogo*. Buenos Aires: Fondo de Archivo, CeDInCI Editores.

Escritos críticos

1. AAVV, *Diccionario biográfico de las izquierdas*. <http://diccionario.cedinci.org>
2. Anapios, L. (2016). Prensa y estrategias editoriales del movimiento anarquista en la Argentina de entreguerras. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 16(2). <https://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/IHAe025/7927>
3. Becerra, M. (2009). *Marxismo y feminismo en el primer socialismo argentino: Enrique del Valle Iberlucea*. Rosario: Prohistoria.
4. Aquino, C. (2015). El sindicalismo revolucionario de *La Batalla Sindical*. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, 7, pp. 123-142.
5. Biagini, H. (2018). *La Reforma universitaria y Nuestra América. A cien años de la revuelta estudiantil que sacudió al mundo*. Buenos Aires: Editorial Octubre.
6. Bilsky, E. (1984). *La Semana Trágica*. Buenos Aires: CEAL.
7. Bustelo, N. y Domínguez Rubio, L. (2017). Radicalizar la Reforma universitaria. La fracción revolucionaria del movimiento estudiantil argentino (1918-1922). *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 44(2). <http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/achsc>

8. Bustelo, N. (2021). *Inventar a la juventud universitaria. Una historia político-cultural del movimiento argentino de la Reforma Universitaria (1900-1930)*. Buenos Aires: Eudeba.
9. Camarero, H. (2018). *Tiempos rojos. El impacto de la Revolución Rusa en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
10. Campione, D. (2007). "El Partido Comunista de la Argentina. Apuntes sobre su trayectoria". En E. Cocheiro, M. Modonesi y H. Crespo (Comps.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina* (pp. 167-215). México: UNAM.
11. Carlier, J. y Verbruggen, Ch. (2016). Laboratories of Social Thought: The Transnational Advocacy Network of the Institut International pour la Diffusion des Expériences Sociales and its Documents du Progrès (1907-1916). En W. Boyd Rayward, *Information Beyond Borders: International Cultural and Intellectual Exchange in the Belle Époque* (pp. 123-142). Surrey: Routledge.
12. Castilho de Lacerda, F. (2019). *Octávio Brandão e as matrizes intelectuales do comunismo no Brasil*. Tesis de maestría en Historia Económica: Universidad de San Pablo.
13. Corbière, E. (1984). *Orígenes del comunismo argentino: el Partido Socialista Internacional*. Buenos Aires: CEAL.
14. De la Rosa, M. F. (2014). La influencia de Diego Abad de Santillán en la conformación de una red intelectual libertaria latinoamericana, 1920-1930. *Temas de historia argentina y americana*, 22. <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/influencia-diego-abad-de-santillan.pdf>
15. De Diego, J. L. (2015). Editores, libros y folletos. Argentina, 1920-1940. En J. L. De Diego, *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición* (pp. 113-139). Buenos Aires: Ampersand.
16. Díaz, H. (Comp.) (2019). *Espionaje y revolución en el río de la plata. Los archivos secretos de una red diplomática de persecución al maximalismo (1918-1919)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
17. Doeswijk, A. (2013). *Los anarcobolcheviques rioplatenses (1917-1930)*. Buenos Aires: CeDInCI Editores.
18. Domínguez Rubio, L. (Ed.) (2018). *El anarquismo argentino. Bibliografía, hemerografía y fondos de archivo*. Buenos Aires: Libros de Anarres/CeDInCI Editores.
19. Gilbert, I. (2003). *La Fede. Alistándose para la revolución. La Federación Juvenil Comunista, 1921-2005*. Buenos Aires: Sudamericana.
20. Graciano, O. (2008). *Entre la torre de Marfil y el compromiso político. Intelectuales de la izquierda argentina 1918-1955*. Bernal: Editorial UNQ.
21. Falcón, R. y Monserrat, A. (2020). Una vez más la Semana Trágica: estado de la cuestión y propuestas de discusión. *Cuadernos del Ciesal*, 3(4), pp. 35-50.
22. Ibarlucía, R. (2020). Retrato del filósofo como joven anarquista. *Prismas: revista de Historia Intelectual*, 24, pp. 103-121.
23. Jelfets, V. (2011). La derrota de los 'Lenins argentinos': La Internacional Comunista, el Partido Comunista y el movimiento obrero de Argentina, 1919-1922. *Pacarina del Sur. Revista de pensamiento crítico latinoamericano*, 6. <http://www.pacarinadelsur.com/nuestra-america/oleajes/210-la-derrota-de-los-lenins-argentinos-la-internacional-comunista-el-partido-comunista-y-el-movimiento-obrero-de-argentina-1919-1922>

24. López, H. A. (2018). *Las editoriales rojas: de La Internacional a Cartago: una aproximación a la historia de la política editorial del Partido Comunista de la Argentina, 1918-1983*. Buenos Aires: Luxemburg.
25. Lvovich, D. (2020). El Gran Miedo de 1919 a escala global: la Semana Trágica argentina y los archivos norteamericanos. *Estudios*, 43, pp. 159-172.
26. Merbilháa, M. (2006). La época de la organización del espacio editorial. En J. L. de Diego (Dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)* (pp. 29-58). Buenos Aires/México: Fondo de Cultura Económica.
27. Miguelañez Martínez, M. (2019). Editar la anarquía desde el Río de la Plata. Alcances de la cooperación transfronteriza (1890-1939). *Historia y política*, 42, pp. 85-115.
28. Piemonte, V. A. y Duer, M. (2017). Los inicios de la bolchevización: la organización en base a células en las secciones nacionales de la Internacional Comunista. *Hic Rhodus*, 12(6), pp. 31-41.
29. Pittaluga, R. (2015). *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la Revolución Rusa*. Buenos Aires: Prometeo.
30. Plotkin, M. (2022). *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo*. Buenos Aires: Edhasa.
31. Rapoport, M. (2015). *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt*. Buenos Aires: Debate.
32. Stamponi, G. (2009). *Una visión argentina de la Revolución Rusa. Informes diplomáticos reservados y confidenciales*. Buenos Aires: APCPSEN.
33. Tarcus, H. (Comp.) (2017). *Primeros viajeros al País de los Soviets: Crónicas porteñas 1920-1934*. Buenos Aires: Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Dirección General del Libro, Bibliotecas y Promoción de la Lectura.
34. Tarcus, H. (2018). Dí tu palabra y rómpete: el corto verano del Grupo Universitario Insurrexit y su revista. En A. Eujanian (Comp.), *Dimensiones del reformismo universitario* (pp. 95-135). Rosario: HyA-UNR.
35. Terán, O. (1986). *José Ingenieros: Pensar la nación*. Buenos Aires: Alianza.